

especial para El Norte, edición del 13 de marzo de 1991

El sistema de perdón y olvido

miguel ángel granados chapa

*Se publicó 10  
marzo - domingo*

En la fran-

Suele ocurrir que las revoluciones devoren a sus promotores. ~~Robespierre~~  
Robespierre, Dantón, SaintJust y tantos otros, sucumbieron  
~~en la primera república británica del siglo~~ antes de ver rea-  
lizados los ideales que ellos alentaron. En la sovkética, Trotsky cayó abatido  
por el poder que contribuyó a levantar. En la mexicana, uno a uno los líderes y  
caudillos fueron asesinados: Madero, Zapata, Carranza, Villa, Obregón. Calles  
hubiera corrido suerte semejante si a Cárdenas no le corresponde protagonizar la  
nueva etapa, en que la Revolución, ya consolidada, pudo empezar la práctica del  
perdón. Desde entonces, el exilio, dentro o fuera de las fronteras, reemplazó  
a las balas homicidas.

El sistema político nacido de esa Revolución ha seguido esa táctica, que  
le permite arrojar de su seno a los réprobos, pero le da también ocasión de re-  
cobrarlos cuando le es necesario. Hay mucho de prodigio, de magia, en la capaci-  
dad recuperadora del régimen. Casi nunca ahoga tan irremediabilmente a sus hijos  
descarriados como para impedirles tener vida capaz de ser nuevamente puesta al  
servicio del sistema.

En estos días hemos sido testigos de alardes magníficos de esa capacidad  
del sistema para perdonar y atraer de nuevo a su órbita a quienes habían sido  
arrinconados o resuelto mantenerse al margen de la vida pública. Tres virtuales  
o reales ex precandidatos a la Presidencia de la República han sido revitalizado  
por un sistema que los había olvidado o dejado en las laderas del curso de la  
Se trata de Javier García Paniagua, Jesús Silva Herzog y Sergio García Ramírez.  
historia/ Recordemos sus historias en el orden cronológico en que ocurrieron.

García Paniagua acaba de ser nombrado director general de la Lotería Naci-  
onal. Es obvio, pueril casi el juego de palabras que puede hacerse en torno de es-  
designación, pero en verdad se sacó el premio mayor. Pocas posiciones político-  
administrativas demandan tan poco de su titular y ofrecen tanto a cambio. Si es  
verdad que López Mateos dijo que ser senador es el estado perfecto del hombre,  
quizá se equivocó, o se olvidó que existía el cargo que ahora ejerce García Pa-

niagua.

Este, hijo del general Marcelino García Barragán, gobernador de Jalisco en conflicto con el Presidente Alemán, entró en grande a la política como senador por Jalisco en 1970. Lo impulsó Díaz Ordaz, que de ese modo testimoniaba al secretario de la Defensa su gratitud por el modo en que el Ejército actuó durante las movilizaciones de 1968. García Paniagua entró, así, en oposición al ~~secretario~~ candidato a la Presidencia de la República, Luis Echeverría, con quien mantiene una sólida enemistad.

López Portillo lo hizo director general de Seguridad y luego lo ascendió a subsecretario de ~~XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX~~ Gobernación. Algo había en el carácter de García Paniagua, desprovisto de refinamientos sin incurrir en la grosería, que llamaba la atención a López Portillo, que lo elevó al gabinete como secretario de la Reforma Agraria y luego le confió la dirección del PRI, con la advertencia explícita, al propio interesado y a quien quisiera oírlo, de que esa designación, hecha en el año en que debía ser destapado el candidato priísta a la Presidencia de la República, no lo inhabilitaba.

Quizás hubo más que ese anuncio. Tal vez López Portillo deslizó ofrecimientos, el mayor que podía hacer, en los oídos del líder priísta. O fue acaso que éste creyó leer en los signos y palabras de su jefe lo que éste no dijo cabalmente nunca jamás. El hecho es que el destapamiento del secretario de Programación y Presupuesto Miguel de la Madrid provocó la viva irritación de García Paniagua, un hombre contenido por la racionalidad, pero cuyas cóleras han de ser terribles. Quiso renunciar tres veces a la presidencia del partido, y dos de ellas se lo impidió López Portillo. La primera vez, al momento mismo de ser notificado de que otro, no él, sucedería a López Portillo. La segunda, cuando le fue demandado recomponer el comité ejecutivo para ofrecer al candidato los puestos que requería para el personal de su confianza: Adolfo Lugo, Miguel González Avelar, Carlos Salinas. La tercera, cuando iba a comenzar la gira ~~XXXXXX~~ inaugu

ral de la campaña. A regañadientes, García Paniagua aceptó ser secretario del Trabajo, para hacer enroque con Pedro Ojeda Paullada que salía de esa oficina para sustituirlo. Pero fue una aceptación muy a medias. Prácticamente no despachó ante su escritorio en los tres meses en que se quedó en la secretaría. A fines de diciembre de 1981, cuando faltaban aun once meses para que concluyera la administración de López Portillo, García Paniagua se retiró a su casa, en la costa de Jalisco.

Se convirtió en una leyenda. Sus largas ausencias eran interrumpidas de tanto en tanto, para conversar con los amigos, no muchos, cuya relación quiso mantener viva y cálida. Se le requirió para encargos oficiales, rechazados todos de mal humor, con acritud a veces atemperada por la suavidad forzada que es parte de su personalidad. Se le buscaba. Se le temía. Se esperaba, en vano, que acudiera a las celebraciones políticas relevantes, a las fiestas del partido que había encabezado. Se le incluía en elencos políticos para cargos varios. Pareció resuelto a no someterse a nadie. ~~XX~~ S formuló tal propósito, lo cumplió al pie de la letra, hasta que concluyó el periodo que pudo haber presidido, y entonces reapareció, aceptando un cargo difícil e ingrato: la jefatura de la policía metropolitana, que aun cuando tenga otro rango administrativo sigue siendo la oficina encargada de preservar el orden.

Allí no dejó se ejercer las reticencias que lo hicieron esquivo con la prensa, con sus amigos, con los miembros de su partido. Ahora, se le permite mudar de tarea, a una que en el pasado correspondió ejercer a personas de la más estricta confianza presidencial, porque la Lotería ha sido una especie de caja chica de Los Pinos, ~~XXXXXXXX~~ (sin que ello implique sugerencia alguna de corrupción, sino sólo mención a la flexibilidad con que en ella puede el Ejecutivo disponer de recursos para las funciones de su puesto sin lastrarlas con la aplicación burocrática de requerimientos interminables).

Silva Herzog, a su turno, acaba de ser recibir el beneplácito español

para que sea el embajador mexicano ante la Corona de Madrid. Nadie, quizá, dirá en público que oyera a Silva Herzog jurar que jamás aceptaría un puesto de esa naturaleza, pero parecía haberlo jurado y se comportaba en consecuencia. Tenía razón. Si García Paniagua se marchó por su propia voluntad, dando un portazo, a Silva Herzog lo arrojaron del seno gubernamental ~~no~~ con una acritud verbal que estaba lejos de merecer.

Silva Herzog, hijo y homónimo de un famoso ~~o~~ economista, historiador e, ~~id~~ ~~x~~ ideólogo ~~de~~ de la izquierda mexicana, siguió una ruta diversa de la de su padre. Se encarriló por la vía tecnocrática, en el Banco de México y en la Secretaría de Hacienda. Sólo en apariencia mudó una vez de curso, pero la dirección del Infonavit, que le correspondió inaugurar, tenía mucho de oficina financiera, aunque en esa época tuviera también tintes de gran oficina constructora. Llegó por fin a la titularidad de Hacienda como adelantado del régimen de Miguel de la Madrid y en cierto modo en pugna con López Portillo, como se haría manifiesto en el trance de la nacionalización bancaria, en que fue dejado al margen aunque mantenido en su puesto.

Cuando empezó el nuevo régimen, Silva Herzog fulguraba entre ~~los mexicanos~~ <sup>sus colegas</sup> que, salvo don Jesús Reyes Heróles, carecían de experiencia o de empaque. Pronto, sin embargo, encontró un rival de fuste, en la persona del secretario de Programación y Presupuesto, Carlos Salinas. Las dependencias encabezadas por cada uno tendían, estructuralmente, al antagonismo, que se encontró a causa de las diversas concepciones de política económica de sus titulares, y debido también a la fuerza de su personalidad, al debate que sostenían por ser escuchados por el amigo cercanísimo que era, en ambos casos, el Presidente de la República y por el común afán de reemplazarlo cuando llegara la hora.

El diferendo creciente se resolvió contra Silva Herzog. Que se le hubiera despedido o él presentado la renuncia no habría constituido un caso singular. Aunque por razones diversas, cinco antecesores suyos, en una cadena sólo interrumpida por Mario Ramón Beteta, tuvieron que renunciar a su cargo, entre 1970 y 1982. Lo peculiar fue, en cambio, la secuela de su dimisión. El presidente de



## EDITORIAL

MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

# El sistema de perdón y olvido

**S**uele ocurrir que las revoluciones devoren a sus promotores. En la francesa, Robespierre, Dantón, Saint Just y tantos otros, sucumbieron antes de ver realizados los ideales que ellos alentaron. En la soviética, Trotsky cayó abatido por el poder que contribuyó a levantar. En la mexicana, uno a uno los líderes caudillos fueron asesinados: Madero, Zapata, Carranza, Villa, Obregón. Cálles hubiera corrido suerte semejante si a Cárdenas no le corresponde protagonizar la nueva etapa, en que la Revolución, ya consolidada, pudo empezar la práctica del perdón. Desde entonces, el exilio, dentro y fuera de las fronteras, reemplazó a las balas homicidas.

El sistema político nacido de esa Revolución ha seguido esa táctica, que le permite arrojar de su seno a los reprobos, pero le da también ocasión de recobrarlos cuando le es necesario. Hay mucho de prodigio, de magia, en la capacidad recuperadora del régimen. Casi nunca ahoga tan irremediable-



Sergio García Ramírez



Javier García Paniagua



Jesús Silva Herzog



mente a sus hijos descarriados como para impedirles tener vida capaz de ser nuevamente puesta a servicio del sistema.

En estos días hemos sido testigos de alardes magníficos de esa capacidad del sistema para perdonar y atraer de nuevo a su órbita a quienes habían sido arrinconados o resuelto mantenerse al margen de la vida pública. Tres virtuales o reales ex-precandidatos a la Presidencia de la República han sido revitalizados por un sistema que los había olvidado o dejado en las laderas del curso de la historia. Se trata de Javier García Paniagua, Jesús Silva Herzog y Sergio García Ramírez. Recordemos sus historias en el orden cronológico en que ocurrieron.

García Paniagua acaba de ser nombrado director general de la Lotería Nacional. Es obvio, pueril casi el juego de palabras que puede hacerse en torno de esa designación, pero en verdad se sacó el premio mayor. Pocas posiciones político-administrativas demandan tan poco de su titular y ofrecen tanto a cambio. Si es verdad que López Mateos dijo que ser senador es el estado perfecto del hombre, quizá se equivocó, o se olvidó que existía el cargo que ahora ejerce García Paniagua.

Este, hijo del general Marcelino García Barragán, gobernador de Jalisco en conflicto con el Presidente Alemán, entró en grande a la política como senador por Jalisco en 1970. Lo impulsó Díaz Ordaz, que de ese modo testimoniaba al secretario de la Defensa su gratitud por el modo en que el Ejército actuó durante las movilizaciones de 1968. García Paniagua entró, así, en oposición al candidato a la Presidencia de la República, Luis Echeverría, con quien mantiene una sólida enemistad.

López Portillo lo hizo director general de Seguridad y luego lo ascendió a subsecretario de Gobernación. Algo había en el carácter de García Paniagua, desprovisto de refinamiento sin incurrir en la grosería, que llamaba la atención a López Portillo, que lo elevó al gabinete como secretario de la Reforma Agraria y luego le confió la dirección del PRI, con la advertencia explícita al propio interesado y a quien quisiera oírlo, de que esa designación, hecha en año en que debía ser destapado el candidato priísta a la Presidencia de la República, no lo inhabilitaba.

Quizá hubo más que ese anuncio. Tal vez López Portillo deslizó ofrecimientos, el mayor que podía hacer en los oídos del líder priísta. O fue acaso

que éste creyó leer en los signos y palabras de su jefe lo que éste no dijo cabalmente nunca jamás. El hecho es que el destapamiento del secretario de Programación y Presupuesto Miguel de la Madrid provocó la viva irritación de García Paniagua, un hombre contenido por la racionalidad, pero cuyas cóleras han de ser temibles. Quiso renunciar tres veces a la presidencia del partido, y dos de ellas se lo impidió López Portillo. La primera vez, al momento mismo de ser notificado de que otro, no él, sucedería a López Portillo. La segunda, cuando le fue demandado recomponer el comité ejecutivo para ofrecer al candidato los puestos que requería para el personal de su confianza: Adolfo Lugo, Miguel González Avelar, Carlos Salinas. La tercera, cuando iba a comenzar la gira inaugural de la campaña. A regañadientes, García Paniagua aceptó ser secretario del Trabajo, para hacer enroque con Pedro Ojeda Paullada, que salía de esa oficina para sustituirlo. Pero fue una aceptación muy a medias. Prácticamente no despachó ante su escritorio en los tres meses en que se quedó en la secretaría. A fines de diciembre de 1981, cuando faltaban aún once meses para que concluyera la administración de López Portillo, García Paniagua se retiró a su casa, en la costa de Jalisco.

Se convirtió en una leyenda. Sus largas ausencias eran interrumpidas de tanto en tanto, para conversar con los amigos, no muchos, cuya relación quiso mantener viva y cálida. Se le requirió para encargos oficiales, rechazados todos de mal humor, con acritud a veces atemperada por la suavidad forzada que es parte de su personalidad. Se le buscaba. Se le temía. Se esperaba, en vano, que acudiera a las celebraciones políticas relevantes, a las fiestas del partido que había encabezado. Se le incluía en elencos políticos para cargos varios. Parecía resuelto a no someterse a nadie. Se formuló tal propósito, lo cumplió al pie de la letra, hasta que concluyó el periodo que pudo haber presidido, y entonces reapareció, aceptando un cargo difícil e ingrato: la jefatura de la policía metropolitana, que aun cuando tenga otro rango administrativo sigue siendo la oficina encargada de preservar el orden.

Allí no dejó de ejercer las reticencias que lo hicieron esquivo con la prensa, con sus amigos, con los miembros de su partido. Ahora se le permite mudar de tarea, a una que en el pasado correspondió ejercer a personas de la más estricta confianza presidencial, porque la Lotería ha sido una especie



de caja chica de Los Pinos (sin que ello implique sugerencia alguna de corrupción, sino sólo mención a la flexibilidad con que en ella puede el Ejecutivo disponer de recursos para las funciones de su puesto sin lastrarlas con la aplicación burocrática de requerimientos interminables). Silva Herzog, a su turno, acaba de recibir el beneplácito español para que sea el embajador mexicano ante la Corona de Madrid. Nadie, quizá, dirá en público que oyera a Silva Herzog jurar que jamás aceptaría un puesto de esa naturaleza, pero parecía haberlo jurado y se comportaba en consecuencia, tenía razón. Si García Paniagua se marchó por su propia voluntad, dando un portazo, a Silva Herzog lo arrojaron del seno gubernamental con una acritud verbal que estaba lejos de merecer.

Silva Herzog, hijo y homónimo de un famoso economista, historiador e ideólogo de la izquierda mexicana, siguió una ruta diversa de la de su padre. Se encarriló por la vía tecnocrática, en el Banco de México y en la Secretaría de Hacienda. Sólo en apariencia mudó una vez de curso, pero la dirección del Infonavit, que le correspondió inaugurar, tenía mucho de oficina financiera, aunque en esa época tuviera también tintes de gran oficina constructora.

Llegó por fin a la titularidad de Hacienda como adelantado del régimen de Miguel de la Madrid y en cierto modo en pugna con López Portillo, como se haría manifiesto en el trance de la nacionalización bancaria, en que fue dejado al margen aunque mantenido en su puesto.

Cuando empezó el nuevo régimen, Silva Herzog fulguraba entre sus colegas, que salvo don Jesús Reyes Heróles carecían de experiencia o de empaque. Pronto, sin embargo, encontró un rival de fuste, en la persona del secretario de Programación y Presupuestos, Carlos Salinas.

Las dependencias encabezadas por cada uno tendían, estructuralmente, al antagonismo, que se encontró a causa de las diversas concepciones de política económica de sus titulares, y debido también a la fuerza de su personalidad, al debate que sostenían por ser escuchados por el amigo cercanísimo que era, en ambos casos, el Presidente de la República y por el común afán de reemplazarlo cuando llegara la hora.

El diferendo creciente se resolvió contra Silva Herzog. Que se le hubiera despedido o él presentado la renuncia no habría constituido un caso singular. Aunque por razones diversas, cinco an-

tecesores suyos, en una cadena sólo interrumpida por Mario Ramón Beteta, tuvieron que renunciar a su cargo, entre 1970 y 1982. Lo peculiar fue, en cambio, la secuela de su dimisión. El presidente del PRI lo denostó con dureza. El entonces muy circunspecto, hasta el aburrimiento, periódico gubernamental, incluyó en su primera plana un editorial en que los elogios que por la fuerza de las inercias le habría dedicado a lo largo del tiempo, se convirtieron en una amarga invectiva, Silva Herzog estaba maldito.

Se recuperó, sin embargo. De la hondura a la que había sido arrojado, su inteligencia, brillo personal, amplia información y simpatía lo sacaron hasta hacerlo conferencista obligado de toda suerte de eventos, en que se animaba a deslizar críticas a la política económica, aun en temas donde esa política era de su estricta autoría. Pero no llegó a romper lanzas abiertamente con el régimen. Se dijo que sería candidato de la oposición a algún cargo de elección popular. Pero él se mantenía en un puesto técnico, la dirección de un organismo internacional. Se le ofreció, o se dijo que se le ofreció, varias veces la embajada en Madrid, que finalmente aceptó. Perdón y olvido recíproco.

Sergio García Ramírez, en fin, se retiró de la política, realmente el 4 de octubre de 1987. En la mañana de esa fecha protagonizó una confusión que pudo poner en aprietos al sistema de decisión presidencial sobre su sucesor, de no ser por la prudencia del entonces Procurador General de la República. Por motivaciones que no es del caso discutir ahora aquí, el secretario Alfredo del Mazo dijo en público que el candidato presidencial priista sería García Ramírez, siendo que está en curso la designación de Salinas. Difundida por la radio y avalada por la presencia del propio Del Mazo en el domicilio de García Ramírez, la especie fue finalmente aclarada. Aunque se mantuvo al frente de la Procuraduría catorce meses más, García Ramírez parecía haber llegado al final de su larga carrera pública.

Se retiró, en efecto, en diciembre de 1988, a un cubículo de investigador universitario. Se negó a ser ministro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, aceptó en cambio la transitoria presidencia del comité organizador de los Juegos Centroamericanos y del Caribe. Y ahora se le exhuma en verdad, integrándolo al selecto y exclusivo grupo de los Quince, los priistas distinguidos que serán el fiel de la balanza en el Consejo Político Nacional del PRI.

